

AC 12 94

Queridos alumnos, el tema de hoy de nuestra programación radiofónica va a versar sobre la expresión artística. Con el término expresión artística, nos referimos no al problema de la expresividad, como podríamos encontrarlo en el campo de la filología, por ejemplo, sino al genérico de la necesidad que el hombre tiene de expresarse artísticamente, y cuál es el secreto y la función de esa necesidad de expresión artística del hombre. Como vemos, es un tema inagotable, y, por lo tanto, sería ingenuo por nuestra parte pretender agotarlo en unos cuantos minutos radiofónicos.

Simplemente, el plantearse el problema de la existencia y la esencia del arte sería inagotable. ¿Qué es el arte? El arte es la expresión de unos sentimientos, instinto creador de belleza, intuición armónica, comunicación exterior del mundo interior. Como estas, hay infinitas respuestas.

El simple hecho de que el hombre fabrique con sus manos cosas ya da origen al arte, al sentimiento estético. Ya decía Aristóteles, *sapientia est ordinare*, la sabiduría es ordenar. Y dentro de los distintos órdenes de la sabiduría está el orden artístico, que Aristóteles define como el orden que el hombre pone en las cosas que produce.

Por eso, el simple hecho en el hombre de fabricar, de ocuparse en crear algo, aunque la intención de esa fabricación esté lo más lejana al sentimiento estético, hace que éste ya exista por esta causa. Por eso, en cualquier acto nuestro, al escuchar una música para trabajar, al elegir la corbata que más nos gusta, al limpiar y ordenar la casa o cuidar las flores de nuestro jardín, estamos presididos y empujados al acto por un sentimiento estético, aunque éste sea más o menos consciente y no sea fin primordial de estos actos. Vivimos una época que multiplica de mil modos las formas de comunicación artística y las difunde por infinidad de vías o canales.

Los diversos medios de comunicación de masas, libros, periódicos, revistas, cine, radio, televisión, los viajes, el turismo, la publicidad, etc., generan mil modos de encuentro con el hecho artístico. Si bien esto supone un enriquecimiento de las formas de expresión artística, también, por contrapartida, supone una trivialización del universo artístico que ha de repercutir, inevitablemente, en sus formas de expresión y en su significado social. Si bien el hecho artístico, en gran parte depende de una disposición y voluntad individual, no cabe duda de que hoy día se sabe que este hecho artístico se produce por y en unas determinadas circunstancias sociales y culturales del individuo que lo produce.

El concepto platónico del ideal de belleza es algo que hoy sabemos que hay que insertarlo en un contexto histórico determinado. Sin embargo, debemos considerar el arte como un modo de expresión propio y autónomo, y su manifestación es, en cualquier época, universal y eterna, y refleja, por otro lado, la espiritualidad del arte mismo. En todas sus actividades esenciales, el arte intenta decirnos algo, algo acerca del universo, del hombre, del artista, del artista mismo.

Es una forma de expresión y de conocimiento como puede ser la filosofía o la ciencia, aunque distinto de estas. Solo cuando reconocemos el papel del arte como forma de conocimiento y expresión del alma del hombre, solo entonces podemos comprender la importancia y desarrollo que el arte ha tenido, tiene y tendrá en la historia de la humanidad. Vayan, pues, estas pocas reflexiones para que penetréis un poco en ese complicado pero apasionante mundo del arte.

A lo largo de la historia del hombre se ha demostrado que el arte es un vehículo expresivo imprescindible para el hombre. Esto quiere decir, claramente, que el arte es una necesidad. También sabemos que el arte es diferente en su lenguaje al mundo de la ciencia, al de la naturaleza, al de la moral, al de la religión o al de la filosofía.

¿Pero qué es el arte? Verdaderamente, y como sucede en todos los conceptos abstractos, no existe una única definición de lo que es el arte. Desde que el hombre tiene conciencia del hecho artístico y de sus posibilidades de creación artística, se ha formulado constantemente esta misma pregunta. Todos hablamos de arte.

En la conversación ordinaria es de uso corriente emplear la palabra arte como la palabra belleza, como sentimiento estético, mensaje artístico. Nadie tiene dudas sobre su significación. Así podemos decir, aunque parezca una broma, que el arte es aquello que todos saben lo que es.

Y, en cierto modo, es así, porque si no se supiera de algún modo lo que es el arte, no podríamos tampoco formularnos esta pregunta, puesto que toda pregunta implica siempre saber algo, tener noticia de la cosa preguntada. Sin embargo, hemos de decir que hay poquísimas personas que se han detenido a pensar lo que esas palabras arte, belleza, sentimiento estético, mensaje artístico, exactamente significan. Como hemos dicho, no existe una única definición del arte.

Vamos a intentar, sin embargo, una aproximación al lenguaje artístico para determinar qué es el arte, qué entendemos por arte, y, en consecuencia, qué se pretende de él y el porqué de la necesidad de la expresión artística. Es por ello que cualquier afirmación o definición sobre el mundo o el lenguaje del arte será meramente subjetiva y la mayor o menor aceptación a los supuestos o consideraciones empleadas dependerá de la personal adhesión del oyente a cualquiera de los posibles convencionalismos de las distintas definiciones. Y, puesto que no existe una definición única y absoluta del arte, intentaremos hablar del arte en un sentido general y poniéndonos ante él como si lo estuviésemos tratando en una conversación cualquiera de uso cotidiano entre amigos.

La dificultad de hallar una definición de arte que englobe todos los estilos artísticos, unida a la multitud de caminos artísticos, no sólo distintos, sino contradictorios, que a lo largo de la historia del arte se han dado, se suceden y se superponen, ha llevado a algunos pensadores marxistas a empeñarse en negar la existencia de unos valores invariantes en estética al no existir una definición absoluta del hecho artístico. Así, de acuerdo con la teoría hegeliana, de la

muerte del arte, que lleva consigo la negación de toda referencia a lo absoluto y la afirmación del devenir como única realidad, Formaggio, por ejemplo, no es capaz de fijar la naturaleza del arte en una definición como las propuestas por numerosas estéticas filosóficas del tipo de el arte es belleza, el arte es forma, el arte es expresión de unos sentimientos, el arte es comunicación, etc. Para él, estas definiciones corresponden a unos valores culturales de un momento histórico, pertenecen al orden de las distintas expresiones artísticas o poético-artísticas que se dan a lo largo de los tiempos, y no al de las formulaciones filosóficas.

Afirma así que la muerte del arte lleva consigo la muerte de las estéticas definitorias propuestas por la filosofía como intento de superar el plano meramente operativo de lo que hemos llamado poéticas artísticas. Niega, pues, el valor de toda consideración del fenómeno artístico, a menos que consideremos aquella ligada a la historicidad de dicho fenómeno. Es curioso observar que Formaggio está hablando de arte, aunque sea para negar la posibilidad de definirlo, y el mero hecho, como hemos dicho anteriormente, de hablar de arte, lleva consigo la exigencia de tratar de saber, en cierto modo, en qué consiste ese algo.

Es indudable que, independientemente de la variabilidad de las poéticas artísticas y de la contradictoriedad de los caminos artísticos, cuando hablamos de arte, estamos hablando de algo conocido, de algo que sabemos lo que es, aunque no nos hayamos preocupado de precisar qué es. Por lo tanto, el arte es susceptible de ser considerado como algo único, aunque no hayamos sido capaces de entenderlo. Antes de dar una definición absoluta y única del mismo.

Por consiguiente, deberemos considerarlo si queremos establecer unos juicios artísticos válidos. En nuestra opinión, el camino más acertado para encarar el problema del lenguaje o la expresión artística es seguir un método que puede parecer pedestre. Deberemos analizarlo haciéndonos esas preguntas un poco vagas que son de dominio común y que, si sirven para que nos manejemos en este complicado pero vivo mundo del arte, es porque responden a lo más profundo de lo que entendemos por arte y, por consiguiente, están en lo cierto.

En primer lugar, podríamos preguntar ¿para qué sirve el arte? Ante esta primera pregunta, ya observamos diferentes reacciones. Algunas personas se indignan, y no sin razón, por el solo hecho de que se formule semejante pregunta. Se indignan porque el valor del arte no puede ceñirse a una utilidad práctica y porque el hecho de buscar esa utilidad representa un empequeñecimiento del concepto sublime, aunque impreciso, que tienen del arte.

Otros, con un sentido opuesto, materialista, nos dirán también que no sirve para nada, pero lo dirán de una manera despectiva, porque para ellos, si no tiene una utilidad práctica, no tiene ninguna razón de ser. Los idealistas afirmarán que el arte sirve para todo, alegando que en todas las actividades humanas hay un ingrediente de arte y que, si se quita ese ingrediente, todo pierde su sentido y nada vale la pena. Y también, entre los más materialistas, nos encontraremos con quien le atribuya una gran utilidad.

Sirve para dar de comer a millones de personas que viven a costa del arte, además de los

artistas, marchantes, críticos, profesores de arte, comerciantes, directores de galerías, etc. Analizando estas respuestas primarias, nos damos cuenta de que, aunque son contradictorias, su disparidad no es triva en que responden a conceptos dispares del arte, sino al diferente alcance y proyección social que se le da, y a los diferentes modos de ver su utilidad y el servicio que presta a las sociedades y a los hombres en general. Aceptemos que el arte no sirve para nada.

Efectivamente, si ese servir para algo se circunscribe a una utilidad práctica, directa y concreta, análoga a la utilidad de un automóvil, un teléfono o un frigorífico, por ejemplo, el arte, como tal arte, es completamente inútil. Es verdad que alguna vez podemos utilizar una obra de arte para algo útil y concreto. Por ejemplo, podemos valernos de un dibujo para explicar cómo es un objeto o por dónde se va a un lugar, y aunque el dibujo sea efectivamente una obra de arte, su utilidad no está en lo que tiene de arte, sino en lo que tiene de explicación.

Y si un aguamanil tiene utilidad para lavarse las manos, su valor artístico es independiente de su valor funcional, aunque ambos están unidos en el mismo objeto. En la arquitectura sí que se da una relación más estrecha entre la artisticidad y la funcionalidad, pero tampoco la arquitectura es arte por ser útil. Podemos aceptar, pues, que el arte es completamente inútil en algún sentido.

Sin embargo, estamos convencidos de que son útiles, muy útiles, el automóvil o la lavadora automática. En cambio, la humanidad ha estado viviendo tan feliz como ahora, durante milenios, sin automóviles, sin lavadoras automáticas, sin teléfonos, en tanto que nunca ha habido nadie que haya podido prescindir por completo de alguna manifestación artística. Podemos decir que el arte es inútil, pero tendremos que afirmar que, aunque inútil, es absolutamente necesario para el hombre, y su necesidad nace de la propia naturaleza humana.

Nadie puede prescindir del arte. Aún la persona que consideremos como la más negada para el arte, cuando se compra un pantalón, elige el más bonito, el que más le gusta. Alguna vez se deleita con una música y, si tiene que decir algo, busca las palabras más expresivas.

Estos tres ejemplos elegidos al azar antes de que el artista se ponga en contacto con el artista, de los innumerables en nuestro quehacer cotidiano, responden al concepto que tenemos de sentimiento estético, y todo el mundo descubrirá en ellos la presencia del arte, sin necesidad de pensar en la definición de arte. Sin embargo, en cada uno de ellos, el arte interviene de una manera diferente. En dos de los ejemplos podemos observar que ese sentimiento artístico que mueve al sujeto, que no tiene por qué ser artista en absoluto, tiene una carga social.

El que elige el pantalón más bonito, no lo hace, al menos exclusivamente, para deleitarse con él, sino, sobre todo, para presentarse ante los demás hombres y para transmitirles un poco de su personalidad. Hay en su acto algo de comunicación. Más evidentemente, no se da la comunicación en el ejemplo de buscar las palabras más expresivas para decir algo.

En cambio, el deleitarse oyendo música, en principio, no tiene nada que ver con los demás

hombres. Subjetivamente, al menos, no tiene ninguna carga social. El sujeto no comunica nada, si acaso, recibe.

Tanto en este caso de gozarse en una música, como en el de la elección de un pantalón, hay, evidentemente, una búsqueda de la belleza, aunque con fines diversos. El primero, la busca para disfrutarla. El segundo, para proyectarse en ella.

En cambio, el buscar las palabras más expresivas para decir algo, tiene muy poco que ver con la belleza. Pueden ser, inclusive, palabras malsonantes. Es verdad que, para establecer que no hay una búsqueda de la belleza, tendríamos que definir primero la belleza.

Podemos afirmar, sin embargo, que es la comunicación y la transmisión de unos sentimientos más importantes, en estos casos, que la belleza. Eso que hemos dado en llamar sentimiento artístico y que es universalmente reconocido como una cualidad común a todos los hombres, se nos presenta según aspectos diversos. Podemos considerarlo como algo relacionado y dependiente de la belleza.

Llámesese búsqueda de la belleza, creación de belleza, disfrute de belleza o comunicación de belleza. Este es el aspecto tradicionalmente más contemplado por los tratadistas de estética y el que da nombre a las bellas artes. Automáticamente quedaría aquí excluido todo expresionismo feísta.

Esto, indudablemente, representa una deficiencia respecto a lo que el consenso universal entiende por arte. Es verdad que podríamos subsanar esta deficiencia sin más que ingeniar una definición de belleza en que cupiera lo feo, o al menos aquellos aspectos de lo feo que nos interesen, pero con ello traicionaríamos lo que la gente en general entiende por belleza. El problema reside en que la mayoría de nuestros conceptos equivocados sobre arte surgen de la falta de rigor en el empleo de los términos arte y belleza.

Podríamos, humorísticamente, decir que solo mantenemos tal rigor en la mala utilización de esos dos conceptos. Siempre sacamos la conclusión de que todo lo hermoso es artístico o que todo arte es hermoso, y como contrapartida, todo lo que no es hermoso no es arte, para llegar a establecer, por último, que la fealdad es la negación del arte. Esta identificación entre arte y belleza aparece como fondo en todas las dificultades que experimentamos para apreciar el arte.

En consecuencia, esta identificación actúa como censor inconsciente en aquellos casos en que el arte no es obligatoriamente belleza. La correspondencia entre arte y belleza no siempre puede hacerse, ni mucho menos, a gritos. Tanto si planteamos el problema históricamente, considerando lo que el arte fue en épocas pasadas, o sociológicamente, teniendo en cuenta lo que realmente el arte es en nuestros días, a través de todas sus manifestaciones, nos encontramos con que, en más de un momento, el arte ha sido, o es, cosa carente de belleza.

Otro aspecto del arte es como transmisor de sentimientos. Este aspecto incluye el de la belleza

tratado anteriormente, ya que a la belleza la reconocemos siempre por el sentimiento de la belleza. Por tanto, la transmisión no solo abarca con propiedad los aspectos de la expresión de sentimientos, sino que encierra también el de la contemplación de la belleza, es decir, el ejemplo de quien se deleita escuchando una música que habíamos calificado como el caso menos social y menos comunicativo de los propuestos para expresar el sentimiento artístico común a todos los hombres, ya que esa contemplación no es sino la recepción del mensaje, es decir, una parte integrante de la transmisión.

En todo hecho artístico, se da el siguiente orden de elementos que lo constituyen. Primero, la emisión del mensaje, es decir, la creación artística. Segundo, el objeto artístico, la obra de arte que encierra el mensaje, la consecuencia del mismo, por ejemplo, el cuadro.

Y tercero, la recepción del mensaje, la contemplación de la obra es posterior a la obra y, lógicamente, también a su creación. Pero este orden ontológico y objetivo no es el que interesa subjetivamente. Para el sujeto que contempla, lo primero es la contemplación.

A través de ella recibirá el mensaje y, en último lugar, se interesará, cuando se interese, por la creación artística. Y para el artista creador, el mensaje fue anterior a su emisión, es decir, que la elaboración del mensaje, la concepción, no es algo previo, sino parte integrante de la creación artística. Pero esta creación solo puede darse con un conocimiento previo del hecho artístico.

Nadie puede crear si antes no ha tenido unas vivencias contemplativas. Desde el punto de vista subjetivo, que es el que nos interesa para toda formación artística, el primer paso de las actividades del arte es siempre la apreciación de los valores estéticos, la capacidad receptiva, lo cual exige el estudio del arte como ente real y del objeto artístico al cual hay que saber ver para captar sus valores y apreciarlo. Hay que analizarlo para descubrir los factores que lo constituyen en obra de arte.

Entender de arte equivale a saber ver. Para deleitarse con el arte, para emocionarse con el arte, o para que se enriquezca de algún modo nuestro espíritu con lo que el arte nos dice, es necesario saber ver el arte. Lo verdaderamente importante no es saber cómo debe verse el arte, sino saber verlo, porque lo esencial no es conocer la percepción, sino percibir.

Fue Schopenhauer quien, por primera vez, dijo que todas las artes aspiraban a poseer las cualidades de la música. Esta observación se ha repetido muy a menudo y ha sido origen de muchos malentendidos, no obstante, expresan una gran verdad. Schopenhauer pensaba en las cualidades abstractas de la música y casi unánimemente en ella.

Le es posible al artista atraer de una forma directa la atención de su auditorio, sin que tenga que intervenir otro medio de comunicación, como es tan corriente y obligado en otros casos. Por ejemplo, el arquitecto deberá buscar su expresión por medio de construcciones que tengan alguna finalidad utilitaria. El poeta tendrá que utilizar palabras que, a diario, se emplean en la conversación, y el pintor, corrientemente, se expresa a través de la representación del mundo visible.

Tan solo el que compone música es absolutamente libre de crear una obra de arte con un particularísimo sentido propio. Los griegos nos transmitieron una verdad sencilla, que la belleza que el arte expresa es bondad moral. Es por esto por lo que creemos que el arte es mucho más significativo que la economía o la filosofía.

Es la medida directa de la visión espiritual del hombre. Cuando esta visión es comunitaria, se convierte en una religión, y la vitalidad del arte, a través de la mayor parte de su historia, está estrechamente ligada a alguna forma de religión. Pero, durante los últimos dos o tres siglos, estas ligaduras entre arte y religión han ido aflojándose, y no parece ser que exista una promesa inmediata de que vaya a establecerse un nuevo contacto.

Nadie negará la profunda relación mutua que existe entre el artista y la comunidad. El artista depende de ella, de la sociedad de la que forma parte. Es un hombre de su tiempo.

Pero el carácter individual de la obra que el artista crea depende de algo más. Está vinculada a un deseo de crear formas que es un reflejo de su personalidad. Esto parece encerrar una contradicción.

Si el arte no es exclusivamente el producto de circunstancias ambientales y es, por el contrario, expresión de un deseo personal, ¿cómo podríamos explicar la asombrosa semejanza existente entre obras de arte que pertenecen a periodos distintos de la historia? La paradoja solo puede explicarse de una manera metafísica. Los valores esenciales del arte trascienden al individuo y a su época y circunstancia. Expresan una proporción ideal o armonía de la que el artista puede apoderarse únicamente en virtud de sus facultades intuitivas.

Al expresar su intuición, empleará materiales que las circunstancias hayan colocado en sus manos. En determinado momento, arrañará las paredes de su caverna. En otro periodo, construirá un templo o una catedral.

En otros tiempos, pintará sobre un lienzo para un grupo limitado de entendidos. El verdadero artista es indiferente a los materiales y circunstancias que le son impuestas. Acepta todas las condiciones, en tanto en cuanto pueda utilizarlas para expresar de forma sublime su deseo de forma.

Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org